

Controlándote cada gesto

Entrevista a Éric Sadin 19/01/2018

Andrés Criscaut

Siete minutos. Ese es el tiempo que lleva por ahora detectar a una persona entre tres millones. “El sistema más amplio y sofisticado de vigilancia e identificación facial del mundo” es lo que mostró hace unas semanas la BBC cuando su periodista John Sudworth se ofreció como cobayo y presentó la foto de su pasaporte a la policía de la ciudad china de Guiyang, capital de la provincia de Guizhou. Incluso antes de pisar la vereda de la estación de tren y ser rodeado minutos después por varios policías, el periodista ya había sido detectado varias veces en su auto cuando se detuvo en los semáforos.

Se calcula que desde el 2016 en China hay un promedio de una cámara por cada ocho habitantes. En dos años, esta cifra será de una cada dos personas. “Este momento de vértigo instantáneo que está ocurriendo ahora es a lo que tenemos que tenerle miedo”, subraya el **filósofo francés Éric Sadin** (1973), autor de *La humanidad aumentada, la administración digital del mundo* (2013) y de *La silicolonización del mundo*, (2016, inminente en español), ambos publicados por editorial Caja Negra. El perfil eléctrico del Centro Pompidou como trasfondo va bien con su puntiaguda camisa glam y su melena de “joven manos de tijera”. Sadin nos recibe en un bar céntrico de París, aparentemente muy lejos del control de Pekín y protegido por la opulencia democrática de Europea.

“Estamos ante un fenómeno global que no se limita a un tema de ricos o pobres, dictadura o democracia –destaca el autor–. Es mucho más alarmante y sutil que eso. Es un cambio civilizatorio que plantea el poder omnipresente y ubicuo del GAFA (Google, Apple, Facebook, Amazon). Lo que yo llamo el tecnopoder captado por objetos conectados a redes (celulares, autos, cámaras, balanzas, parlantes, espejos, etc.) y que atrapan nuestra atención y la transforman en una variante económica. La vida pasa a ser un objetivo de mercado y nuestra identidad, un elemento monetizable. Esta época de tecnoliberalismo que recolecta la naturaleza de nuestros gestos es una etapa superior de la conectividad, que deja atrás la ‘era del acceso’ de los años 80 y 90. Ahora el proceso es técnico y económico a la vez. Ahora existe una cartografía de cada uno de nuestros deseos y sueños, una trazabilidad y cuantificación de nuestra privacidad, que son tratados por sistemas en tiempo real y que lo transforman en ‘servicios’. Ahí tenemos esos algoritmos de cada uno que hacen que Facebook nos incite a hacer amigos ‘low cost’, o a Amazon a parpadearnos en los márgenes de las pantallas los libros o productos que concuerdan con nuestro comportamiento como consumidores”.

De acuerdo con Sadin, la actual mercantilización de nuestra existencia, esa organización algorítmica de la sociedad, limita nuestra autonomía y nuestro poder crítico, horadando de una manera aún desconocida las relaciones humanas.

Usted muestra en sus libros la paradoja de que en términos generales esta realidad de “big brother” de “derecha” nació en el mismo lugar donde comenzaron las utopías libertarias de “izquierda”: la industria cibernética bajo el sol de California.

Sí, grosso modo sí. Donde hubo movimientos contraculturales, hippies, beatniks, pacifistas y ecologistas, digamos, donde hubo esperanzas de nuevas alternativas políticas y la imaginación se exprimía de manera pluralista, hoy devino el Silicon Valley, de donde emana toda la ideología actual... Con esas primeras máquinas [terminales teletipos de Computadoras] de escribir conectadas, se creyó que se iba a llegar a una sociedad futura más democrática, descentralizada y horizontal. Con este pensamiento de conexiones, se esperaba una liberación sin intermediarios de todo tipo de poder coercitivo. Sin embargo, se subestimó que ese mismo sistema podía ser cooptado por la mercantilización, que podía haber un “golpe de Estado” retórico e ideológico de técnicos e ingenieros que nos llevó a esta situación actual indigna.

¿No estamos siendo demasiado alarmistas? Todo adelanto tecnológico tuvo sus detractores: fue el caso de la TV y antes, del cine y la radio. Incluso se veía peligro en los libros.

Es cierto, pero podíamos enfrentar esos inventos. En la publicidad de la tele yo la podía apagar. Pero los nuevos dispositivos están conectados y drenan información. Ahora la tele nos mira, los parlantes nos escuchan, nuestra ropa mide la transpiración y el inodoro analiza nuestra orina. Hasta se cuantifican nuestras emociones. Y no es un problema dialéctico, ya es político. Porque el tema es que uno es abusado, usado: en las empresas donde las personas son reducidas a robots de carne; en las escuelas donde se introducen dispositivos conectados y que guía el modo de enseñanza...

Al leerlo, uno podría creer que el símbolo de la justicia con los ojos vendados no es por imparcialidad, sino para evitar que le lean el iris.

Y sí, hay que movilizar a la sociedad y las leyes para defender la integridad humana ante estos sistemas de digitalización de la vida, en los que prevalece una ideología reduccionista y donde todo son datos y estadísticas. Ante la pérdida de sensibilidad y percepción, tenemos que reinventar la relación que mantenemos hoy con la realidad y recuperar el poder de crítica y de elección.

¿Es cierto que en California las escuelas más caras son las que no tienen casi computadoras en la aulas?

Obvio, es que los que hacen este sistema saben de qué se trata. Es que este es un modelo terriblemente seductor, que brinda confort, eficacia y hasta afectos, todo en nombre de mejorar la calidad de vida: se gana tiempo y es gratuito. A su vez, la inteligencia artificial nos habla directamente de realidades precisas y exactitudes (su cita es a tal hora; tiene usted caspa, recomendamos tal champú, etc.). Tenemos incluso una proximidad física cotidiana con esos dispositivos, que nos conocen cada día mejor y administran nuestra existencia. Esto es mucho más fuerte que un mensaje publicitario indiferenciado, es un poderoso dispositivo de hiper personificación e individualización de nuestra existencia. El tema es cómo no dejarse llevar por la fascinación, por el canto de sirenas totalitario, un aura que ya flota por todas partes.